

LAS GEMELAS

Sonia y Sofía eran gemelas. Sofía era la que antes había nacido; al contrario de lo que suele ocurrir, que la primera en ser parida es la más madura y desarrollada, Sofía resultó ser en todo igual que Sonia: tuvieron el mismo peso al nacer, el mismo color del pelo y, cuando se ponían a llorar, lo hacían a la vez para desesperación de su padre y de su madre.

En la escuela andaban descolocados con las gemelas porque aunque las pusieron en clases separadas para facilitar la identificación ellas, que eran muy independientes del mundo ya en aquellas fechas, iban siempre juntas, y los profesores se las veían negras para saber a qué clase debía ir cada una.

Cuando fueron mayores esta incertidumbre que causaban en sus parientes les hacía mucha gracia y, como si fuera un juego, la fomentaban intercambiándose prendas de vestir, zapatos y otras indumentarias que, todas ellas, estaban etiquetadas con los nombres de cada una en un vano intento por tenerlas identificadas.

Como si estuviera predeterminado las dos sacaron 7,2 en las pruebas de selectividad, y las dos estudiaron la misma carrera y acabaron a la vez.

Sólo en una cosa se diferenciaban. Mientras estaban en la universidad, Sonia conoció a Esteban, salió con él y después de un noviazgo de dos años, se comprometieron y vivían juntos. Sofía, que se supiera, no tenía novio ni visos de tenerlo. Por suerte ya nos ha llegado la solución, proclamaron sus padres y amigos a los cuatro vientos; ahora sabremos que quien está con Esteban es Sonia y la que esté sola es Sofía.

Las cosas, sin embargo, no iban a ser tan sencillas como pensaban los parientes. Porque Esteban también tenía dudas, y a veces se preguntaba, ¿pero quién es Sonia realmente? Sus dudas comenzaron un día en que Sonia debió quedarse a trabajar y Sofía apareció por la casa de su hermana. Esta le dijo a su cuñado que al final las cosas se habían arreglado y que había podido volver antes de lo previsto. Cuando la verdadera Sonia volvió del trabajo no se extrañó de la estancia de su hermana porque aquello formaba parte de la cotidianeidad de su relación fraternal. Esteban, en cambio, quedó mudo de sorpresa cuando vio aparecer a su mujer por la puerta. Sólo él y ella, Sofía, sabían realmente qué había pasado mientras Sonia trabajaba con tanto tesón como ingenuidad.

Aquel punto de inflexión marcó los derroteros de aquel original trio. Sofía cada vez se prodigaba más por la casa de su hermana. A veces Esteban lo tenía fácil, por ejemplo, cuando Sonia estaba ya en casa y su hermana llegaba. Otras veces la duda asomaba y le tomaba preso y le bloqueaba la espontaneidad porque en realidad no sabía con cuál de las dos estaba.

- Esteban cada día está más raro, le dijo una vez Sonia a su hermana.
- ¡Qué va!, le contestó Sofía. Son imaginaciones tuyas nada más.

Al día siguiente Sofía le espetó a su cuñado

- Qué raro te veo, últimamente, ¿te pasa algo, Esteban?

Lo que pasaba era que Esteban no sabía qué hacer. Sólo tenía dos opciones: o se lo decía a Sonia, o mantenía la charada. Como ventilar las inquietudes interiores no es parte de las cualidades de la mayoría de los hombres, decidió que así tampoco estaba tan mal y que viviría con las ventajas y los inconvenientes de la situación creada.

Pero Esteban olvidaba que la astucia de Sofía aún no había dado de sí todo lo que él podría imaginar. No sabía que su cuñada era mujer de un solo hombre y que por nada del mundo, ni siquiera por su hermana estaba dispuesta a compartir a Esteban con

nadie. El tiempo fue pasando hasta que la salud de Sonia fue naufragando como lo pueda hacer un velero en una gran tempestad. No fue mucho tiempo el que Sofía necesitó para deshacerse de su hermana. No podía permitir que el desgaste físico de Sonia fuera un elemento de distinción entre ambas así que un buen día decidió que le pondría la suficiente cantidad de fármaco en la comida como para que la muerte de Sonia fuera rápida, en apenas unas horas. Nadie, ni los médicos de la urgencia del hospital, ni Esteban, ni ningún otro familiar fueron capaces de encontrar una causa para aquel coma en que ingresó aquella noche del 25 de noviembre porque al amanecer del 26 Sonia ya había fallecido.

Hoy Esteban convive con su cuñada porque le recuerda en todo a su Sonia del alma en un huero intento por mantener el pasado en el presente. Huero porque en un rinconcito del pensamiento de Esteban hay una duda que de tarde en tarde se hace circulante por su mente, la duda nunca expresada de cuál sería la causa del fallecimiento de su mujer.